

Presentación: Francisco de Sales y las mujeres

Wendy M. Wright

Es bien sabido que Francisco de Sales de Sales (1567-1622), obispo saboyano de Ginebra de principios del siglo XVII, notable escritor y guía espiritual, tuvo un floreciente ministerio entre las mujeres. Su legendaria amistad espiritual con la baronesa Jane de Chantal (1572-1641), su fundación de una congregación femenina, la Visitación de Santa María, así como su voluminosa correspondencia con mujeres que buscaban consejo espiritual y su publicación de la Introducción a la vida devota dirigida a "Filotea" (mujer amante de Dios), son pruebas de este foco de su atención pastoral. Quizá sea menos conocido el contexto cultural y religioso más amplio en el que surgió este ministerio. También se subestima la medida en que la atención pastoral del obispo a las mujeres era fundamental para su visión espiritual más amplia, incluso escatológica. Esta breve presentación intentará situar el trabajo de De Sales con las mujeres en estos contextos más amplios y profundos.

La disputa sobre las mujeres

En el último cuarto del siglo XVI y la primera mitad del XVII, surgió en Francia un animado debate cultural que tuvo repercusiones en toda Europa. El debate, conocido como la querelle des femmes, tenía expresiones filosóficas, literarias y religiosas, y se refería a la naturaleza innata del sexo femenino, a las capacidades intelectuales y psicológicas de las mujeres (a menudo consideradas en contraste con las supuestas capacidades masculinas), a la necesidad de mejorar la educación de las mujeres y a los papeles adecuados que debían desempeñar en la sociedad y en el ámbito de la religión. La disputa no era nueva (tenía sus raíces en el Renacimiento y contrarrestaba las suposiciones medievales sobre la inferioridad femenina), pero adquirió intensidad. Los argumentos se movían al ritmo de las nuevas corrientes intelectuales europeas que se dejaban sentir en la ciencia, la filosofía y la teoría política. Cada vez se defendían más las capacidades de las mujeres, surgían oportunidades educativas y se empezaba a considerar a las mujeres, especialmente en Francia y las regiones circundantes, como figuras sociales, literarias y religiosas influyentes.

Esta época, por supuesto, no sólo coincidió con la vida de Francisco, sino también con los tumultuosos años en Francia y Europa, durante los cuales las iniciativas de reforma cristiana en curso dividían a las naciones y a las comunidades a lo largo de diferentes líneas confesionales. En Francia, esta división tomó la forma de lo que se conoce como las Guerras de Religión (1562-1598), en cuyo centro estaba la eventual sucesión al trono francés de Enrique de Navarra como Enrique IV, el heredero de origen protestante. Las Guerras de Religión no sólo dividieron a católicos y protestantes (hugonotes), sino también a los católicos romanos. Los celosos de la Santa Liga Católica arremetieron contra sus correligionarios más moderados, que aceptaron el acceso de Enrique IV al trono. Una vez concluida la contienda, esos fanáticos, convertidos en el partido de los dévots, dirigieron sus energías hacia la transformación cristiana total de la sociedad.

El resultado fue una época de esfuerzos especialmente intensos y a menudo innovadores para promover la renovación y la reforma de la fe católica. Esta energía, que había sido activa mucho antes del Concilio de Trento, se vio incrementada por la introducción gradual de los principios de Trento en la sociedad francesa. El resultado fue la reforma del episcopado y del clero, la institución de nuevas congregaciones religiosas, la renovación de las comunidades más antiguas, la circulación de textos clásicos y de nueva acuñación sobre la vida espiritual, la reforma de la predicación y de la práctica pastoral, la instrucción espiritual de los laicos y de la familia, y la promoción de la dirección espiritual para los que estaban fuera del claustro. En este contexto, las ideas que circulaban ampliamente sobre las capacidades del sexo femenino encajaban con las energías que impulsaban la reforma. De hecho, no se puede subestimar la importancia de la participación de las mujeres en el éxito de la Reforma Católica. Al igual que en los hogares protestantes de toda Europa las mujeres desempeñaron un papel clave en el fomento de un compromiso cristiano más intencionado, también las mujeres católicas, tanto laicas como religiosas, se mostraron deseosas de profundizar en la fe y contribuir de múltiples maneras a la renovación en curso de la cultura católica. La participación de las mujeres católicas tomó muchas formas: el establecimiento de nuevas congregaciones por y para las mujeres, muchas de ellas dedicadas a la educación y la atención sanitaria femenina; la participación activa en los debates religiosos en curso; la colaboración con los esfuerzos clericales para la reforma; y la celebración de salones espirituales que reunían a las principales figuras de la reforma francesa. En el mundo de la reforma católica, las mujeres empezaron a ser reconocidas como mediadoras de los valores cristianos esenciales para todos los que encontraban. De ahí que la atención pastoral y la instrucción del sexo femenino en la sana enseñanza de las virtudes fueran primordiales. Su celo, aprovechado, podía acelerar la reforma social.

Las escuelas católicas para mujeres proliferaron. Los instructores y fundadores aportaron a sus esfuerzos no sólo una nueva apreciación del valor social de la educación femenina, sino que también conservaron nociones tradicionalmente ambivalentes sobre la naturaleza intrínseca de la mujer. Entre ellas se encontraban las suposiciones sobre las debilidades psicológicas de las mujeres (emotividad, dotes intelectuales limitadas, falta de fibra moral, vanidad, tendencia a dejarse llevar fácilmente por el mal camino), así como las limitaciones fisiológicas y sociales derivadas del embarazo y el parto, las responsabilidades maritales y la relación de subordinación con los cónyuges. A menudo se asumía que, debido a estos defectos, las mujeres debían estar bajo la jefatura de los varones.

Al mismo tiempo que estas ideas tradicionales enhebraban la práctica pastoral católica, también operaba la noción de una "paradoja femenina". La paradoja tenía autoridad bíblica, ya que se afirmaba que el poder reside en la debilidad. Las palabras de San Pablo se hacían eco de este sentimiento: Dios eligió a los que el mundo consideraba necios para avergonzar a los sabios; Dios eligió a los débiles del mundo para avergonzar a los fuertes (1 Cor. 1:27).

En la época que nos ocupa, las mujeres se convirtieron en el principal ejemplo de los humildes y débiles que, paradójicamente, destacan por su sabiduría transgresora. Las mujeres, dada su supuesta sensibilidad natural, también podían considerarse especialmente capaces de una profunda piedad y un amor sagrado, así como inclinadas de forma innata hacia la devoción y la actividad caritativa. Eran el sexo "devoto". Educar a las mujeres y cultivar sus capacidades fue uno de los componentes de la reforma católica.

Francisco de Sales y las mujeres

El mundo que acabamos de describir es fácilmente reconocible como uno en el que se ilumina la particular preocupación de De Sales por las mujeres. Hijo mayor de un aristócrata terrateniente de Saboya, el joven Francisco se inspiró muy pronto en las energías de la reforma que animaba gran parte de la Europa católica. Tras una primera escolarización entre los dominicos, el joven de Sales eligió asistir al colegio jesuita de Clermont, en París, porque, según se dice, el muchacho admiraba el celo reformador de la Compañía de Jesús. En compañía de sus primos y de un tutor, Francisco se sumergió en el exigente plan de estudios humanista de Clermont.

Fue en París donde empezó a tomar forma lo que sería la visión espiritual-teológica del futuro obispo. Sobrecogido por la exégesis del Cantar de los Cantares presentada por el benedictino Générard, Francisco abrazó plenamente la imagen de un Dios que, como un amante, busca apasionadamente y es buscado por el amado, la persona humana. Lo que se convirtió en su visión madura se forjó en una aguda crisis espiritual sobre la predestinación que sufrió en la capital francesa y que luego se aclaró teológicamente cuando continuó sus estudios en la Universidad de Padua. En Padua, consciente de las disputas teológicas que desgarraban el mundo católico sobre la gracia y el libre albedrío, optó por alinearse con el "saber medio" del jesuita Luis de Molina. El resultado fue que de Sales afirmó que Dios tiene la intención de que todos los seres humanos se salven y da la gracia suficiente para que eso ocurra, pero también dota a la humanidad de libre albedrío para elegir o no responder a la iniciativa divina. También fue en Padua donde se alineó con la idea teológica franciscana de la Primacía de Cristo -que Cristo y la Encarnación estaban en el centro del plan de Dios independientemente del pecado humano.

Lo que se estaba convirtiendo en su visión madura puede describirse acertadamente como un "Mundo de Corazones". Inspirándose en la estética barroca del siglo XVII, que utilizaba abundantemente la imagen del corazón, en todas sus comunicaciones elaboró una imagen verbal de un mundo interconectado de corazones humanos y divinos. Su comprensión del corazón era bíblica: era el núcleo, el centro de la persona que implicaba todas las capacidades. Para él, los corazones humanos fueron creados para latir al ritmo del dinámico corazón de amor de su creador. Al haber sido creados por Dios, que es la bondad misma, también eran esencialmente buenos y conservaban su orientación original al amor. Sin embargo, al ser heridos por el pecado, los corazones humanos eran, por así decirlo,

arrítmicos, y deben ser restaurados a su pulso previsto por "Jesús vivo". Esto lo hacen a través de la mediación del único corazón completamente humano y completamente divino que late en perfecto ritmo con el corazón divino. El corazón de Jesús debe ser intercambiado por los corazones humanos. El corazón intercambiado participaba en la vida interior de la propia Trinidad. Toda la persona debía ser transformada.

En la piedra angular de esta visión optimista estaba la invitación formulada por Jesús en Mateo: "Venid a mí y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mateo 11:28-30), una invitación que el sabio interpretó de forma escatológica. Esta era la naturaleza del propio corazón divino, del que los humanos debían aprender. El amante divino no coacciona, sino que corteja, gana los corazones. El deseo más profundo del corazón divino -el Reino venido- era, pues, que el orden creado amara como estaba previsto: que latiera al ritmo del corazón de Dios.

Vivir a Jesús era permitir que el corazón se transformara en la realidad interior del Dios trinitario revelado en la dulzura (*douceur*) y la humildad del Hijo. Como las virtudes son esencialmente hábitos del corazón que deben practicarse, en esta habilitación tenían especial importancia las virtudes ordinarias como la mansedumbre, la humildad, la paciencia, la sencillez y la cordialidad.

Tras su graduación y ordenación sacerdotal, el saboyano fue nombrado coadjutor del obispo de Ginebra y enviado a la región del Chablais para convertir a la población protestante. Aunque François se inspiró en un gran número de fuentes, su síntesis, tal como surgió, tenía una nota decididamente franciscana, afirmando la bondad y la belleza que se imprimen en el orden creado y la naturaleza comunicativa y relacional de la Trinidad, así como la necesidad de abrazar la preferencia por las virtudes paradójicas no estimadas por el "mundo". Esta predilección se manifestó bastante pronto en su ministerio, cuando fue enviado a territorio calvinista para convertir a la población a la fe católica y desarrolló un estilo irénico. El suyo era un enfoque intencionadamente diseñado para contrastar con las tácticas pastorales adoptadas por el celoso partido de los *dévots* católicos que fomentaba contra los enemigos y abogaba por la violencia. El enfoque pastoral irénico de De Sales nacía de su visión de un mundo de corazones y se apoyaba en su convicción de que Dios pretende que todas las personas sean atraídas por el amor a la unión con el Amor mismo.

A la muerte de su predecesor, fue ordenado obispo. En su capacidad episcopal de Sales mantuvo una extensa correspondencia con un gran número de mujeres bien nacidas, que habían captado el entusiasmo por la renovación que surgía en la iglesia. El ejemplo más obvio es su correspondencia con Madame de Charmois, que le consultó sobre las dificultades de cultivar un estilo de vida cristiano devoto en la corte a la que estaba destinado su marido. En sus cartas, de Sales la guiaba metódicamente a través de las fases iniciales para establecer una vida seria de oración y conducta virtuosa adaptada a la situación en la que se encontraba. Con sabia moderación la instruyó sobre el valor de una

vida dedicada a Dios, la preparación para tal compromiso, las diversas formas de elevar el corazón por medio de la oración y los sacramentos, el cultivo de las virtudes necesarias para tal vida, las formas de evitar las tentaciones y la renovación frecuente del compromiso.

Las cartas que escribía específicamente a corresponsales como Mme. de Charmois contenían a menudo misivas más generales con consejos espirituales que podían compartirse con los amigos. Éstas se convirtieron en la base de su primer libro, *Introducción a la vida devota*. La visión espiritual que promovía se dirigía a todos los laicos, pero tenía un don especial para guiar a las mujeres, ya que utilizaba abundantemente metáforas extraídas de la experiencia femenina, como el embarazo, el parto, la lactancia y la crianza de los hijos. Asimismo, sus cartas a las mujeres están llenas de referencias a la vida familiar ordinaria. En sus consejos pastorales a los laicos subyace la suposición de que Dios pretende que todas las personas se vean envueltas en el amoroso abrazo divino, sin importar el papel social, el género o el estatus social que tengan. Todos los "estados de vida" podían ser terreno fértil para cultivar una vida devota, que él describía como "una agilidad y vivacidad espiritual por medio de la cual la caridad realiza sus acciones en nosotros, o nosotros lo hacemos por la caridad, pronta y amorosamente".

Las mujeres, a medida que asumía el cargo eclesial, acudían cada vez más a él solicitando atención pastoral. Parece que apreciaba a las mujeres en parte porque poseían las cualidades espirituales que él apreciaba, aunque también tenía lo que eran opiniones bastante típicas sobre los defectos particulares de las mujeres. Años más tarde, su amigo Jean-Pierre Camus, obispo de Belley, le recordó diciendo

Este sexo débil es digno de gran compasión. Por eso es necesario ser más suave que contundente. San Bernardo dice que la cura de almas no es para los fuertes, sino para los débiles. Nuestro Señor mismo no les negó su asistencia. Varias mujeres le siguieron generalmente, y no le abandonaron en la cruz, donde fue abandonado por todos los demás discípulos, excepto San Juan. La Iglesia da a su sexo el nombre de "devoto".

En este sentido, se revela que Francisco sostenía la visión contemporánea de la "paradoja femenina". Frágiles y sujetas a cierta debilidad, las mujeres tenían sin embargo dones innatos: eran el sexo "devoto" que las hacía especialmente capaces de un profundo amor a Dios, capacidad de la que dan fe los Evangelios. Al mismo tiempo, el obispo creía que esta capacidad femenina de devoción se veía a veces obstaculizada por las debilidades de las mujeres, la principal de las cuales, en su opinión, era la vanidad. Su teoría de la belleza era operativa aquí: si una mujer se veía a sí misma como un fin en sí mismo, si no percibía el significado más profundo de su existencia, se entregaría a la vanidad, adornando el ser exterior por su propio bien. La tarea espiritual femenina correctiva sería adornar el ser interior. El exterior reflejaría entonces la verdadera belleza interior que se cultiva y se convertiría en una evocación de lo divino. Para combatir la vanidad, las mujeres no necesitan volverse feas, sino que deben desplazar la atención del exterior al interior.

A pesar de la gran popularidad de la Introducción y de la reputación del obispo como predicador y guía espiritual solicitado, su notable ministerio femenino no estuvo exento de críticas. Por ejemplo, Camus informó de que muchos de sus contemporáneos se preguntaban por qué de Sales no se esforzaba en fundar una congregación de hombres que pudiera servir mejor a la iglesia o emplear sus energías de forma más provechosa que molestarse con personas a las que había que enseñar una y otra vez para retener la instrucción. A estas objeciones, Francisco respondió que no era digno de tan exaltadas empresas, refiriéndose a que "Es para los orfebres manejar el oro y la plata y para los alfareros manejar la arcilla". Desvió todas las preguntas sobre una comunidad de hombres al trabajo de la "Sierva de Dios, Bérulle", de la que afirmaba que tenía mucha más capacidad para tal tarea, añadiendo que había que "dejar a los maestros artesanos los grandes diseños".

Aunque sus opiniones sobre las mujeres reflejan la perspectiva común de su época sobre el estatus y las capacidades "menores" de las mujeres, parece que había una cierta ironía en las humildes respuestas de De Sales a la pregunta de por qué dedicaba tanto tiempo a las mujeres. Como se ha sugerido, esta ironía estaba tal vez más profundamente arraigada en la visión escatológica final del obispo que una mera expresión de un imperativo pastoral. Estaba en consonancia con la visión fundamental de Sales sobre el objetivo último de toda la vida humana, que se desarrolla en el drama espiritual del amante divino que busca constantemente y es buscado por el amado. A través de la Palabra, él sabía que a las personas se les da una visión de la naturaleza misma de la divinidad. El Cantar de los Cantares describe la historia de amor entre Dios y la humanidad y, en el Evangelio de Mateo, Jesús revela que el corazón divino es amable y humilde. Su estilo de comunicación -de corazón a corazón- con su amplio uso de la metáfora, la historia y las imágenes vívidas extraídas de la vida ordinaria, no era simplemente un medio de "simplificar" o popularizar su mensaje. Su estilo también estaba profundamente arraigado en sus convicciones sobre la naturaleza de lo divino manifestado en el mundo de los corazones.

La tendencia a la colaboración entre los sexos, tan común en los círculos reformistas en los que se movía, daría sus frutos en su legendaria amistad con Jane Frances Frémyot, baronesa de Chantal. La amistad, especialmente la espiritual, era un concepto clave en el mundo salesiano de los corazones, ya que la alineación del corazón con el latido divino se producía a lo largo del tiempo no sólo a través de la oración, la vida sacramental y las inspiraciones, sino entre personas cuyos corazones respiraban y latían al ritmo divino. Así, el compartir mutuamente la devoción, la caridad y la perfección cristiana estaba en el corazón de la verdadera amistad.

En pocos años su amistad compartida floreció y dio sus frutos en 1610 en la fundación de la congregación femenina, la Visitación de Santa María. La modesta comunidad diocesana fue la expresión de los sueños de ambas. La nueva congregación se diferenciaría de otras comunidades reformadas en que aceptaba a mujeres no aptas para esas órdenes, sino a

viudas como Jane, a las frágiles y a las discapacitadas. La Visitación debía adoptar un estilo de vida muy modesto y aceptar los inevitables inconvenientes que esa vida implicaba, contentándose con los recursos disponibles localmente, negándose a aceptar a las ingresadas en función de su capacidad para aportar una dote, o a ornamentar su espacio vital de forma superflua.

A lo largo de los años, el obispo había reflexionado sobre el misterio bíblico que daba nombre a la comunidad. Al meditar sobre la historia de Lucan, de Sales percibió que este misterio era un resumen de todo el Evangelio. A su manera evocadora, predicó que la joven virgen fue "visitada" por Dios en la figura del ángel Gabriel. Dios ofreció un "beso" a la humanidad. Así visitada, y consintiendo libremente, María fue movida a visitar a su prima embarazada Isabel. En el cumplimiento del más ordinario de los intercambios humanos el Amor se transmite a través de encuentros humanos amorosos. De corazón a corazón.

Conclusión

Es evidente que Francisco de Sales tenía un ministerio especial para las mujeres. Como se ha sugerido, su visión de las mujeres reflejaba en parte las ideas culturales y religiosas actuales sobre las capacidades de las mujeres y sus funciones. Basándose en los precedentes bíblicos, el obispo aceptó lo que en los círculos católicos de la primera época moderna se había convertido en la visión paradójica común de las mujeres como el sexo "más débil" y, sin embargo, también el "devoto", verdaderamente capaz de un gran amor y dedicación. Su dirección espiritual de tantas mujeres laicas y religiosas, su estrecha amistad con Jane de Chantal, la fundación de la congregación femenina, la Visitación de Santa María, y su íntimo conocimiento de las prácticas contemplativas de esa comunidad, dan fe de su firme convicción del potencial y la profundidad espiritual de las mujeres y de su importancia en la recristianización de la sociedad.

Por un lado, su trabajo con las mujeres puede considerarse como fruto de un imperativo pastoral. Él y sus compañeros reformistas eran muy conscientes de que las mujeres, animadas por los impulsos espirituales que alimentaban la reforma, tanto protestantes como católicos, eran las principales evangelizadoras en sus familias y comunidades locales. Por lo tanto, la crianza y la educación de las mujeres fueron identificadas como una preocupación pastoral urgente. En esto, De Sales compartía la perspectiva de sus contemporáneos.

Esto se vio reforzado por los debates europeos más amplios (pero particularmente franceses) sobre las capacidades femeninas y la aparición de mujeres como árbitros prominentes de los acontecimientos sociales, literarios y religiosos y modelos estimados de comportamiento cristiano. Esta creciente valoración de las capacidades del sexo femenino coincidió con la creciente participación de las mujeres en el movimiento de reforma católica. Los hombres del movimiento colaboraron con las mujeres de forma notable, cofundando comunidades, confiando en ellas como guías espirituales y estableciendo relaciones

estrechas basadas en su entusiasmo espiritual compartido. No es de extrañar entonces que, dada la energía reformadora que se galvanizaba durante el período que rodea el cambio de siglo XVII, alguien como de Sales, tan dedicado a esa reforma, fuera un participante activo. Y ya que las mujeres habían llegado a ser consideradas como el centro de esta recristianización, no es sorprendente que él hiciera del sexo femenino una prioridad.

Al mismo tiempo, hay una coherencia en su elección de las mujeres como centro de atención que no es simplemente pragmática, sino que resuena con la visión teológica y espiritual más amplia del obispo. Esa visión es radicalmente contracultural. Pone patas arriba los valores aceptados. Una y otra vez, cuando se examinan los escritos del obispo y se atiende al testimonio de sus contemporáneos, destaca su preferencia por lo pequeño, lo humilde, la humildad y la pobreza. Como también su afirmación de que el amor divino es difusivo, abnegado y vaciado de sí mismo, e invita a una respuesta recíproca de las criaturas, especialmente de la humanidad, hecha a imagen y semejanza de Dios. Aunque Francisco se basó en un gran número de fuentes, su síntesis, tal y como surgió, tenía una nota decididamente franciscana, afirmando la bondad y la belleza que se imprimen en el orden creado y la naturaleza comunicativa y relacional de la Trinidad, así como la necesidad de abrazar la preferencia por las paradójicas virtudes humildes no estimadas por el "mundo".

Esta predilección se manifestó bastante pronto en su ministerio, cuando fue enviado a territorio calvinista para convertir a la población a la fe católica y desarrolló un estilo irenista.

Y a pesar de su condición de obispo estimado en una época de esplendor barroco, de Sales siempre tuvo una preferencia personal y pastoral por lo pequeño y lo humilde. Su propia vivienda episcopal, en los sencillos apartamentos frente a la Catedral de Saint Pierre en Annecy, era modesta. Su estilo de vida era sencillo, sus hábitos personales abstemios, el tenor de su hogar episcopal modestamente devoto. Jane de Chantal, en su deposición para su canonización póstuma, dio fe de ello y de que nunca se puso por delante, sino que siempre deseó ser visto como un hombre menor de lo que la gente imaginaba, porque "la humildad debe hacernos indiferentes a todo lo que no sea esencial para nuestro crecimiento en gracia". Asimismo, describió cómo servía con imparcialidad a ricos y pobres, disfrutando de la presencia de cualquiera que lo buscara, sin despreciar nunca a nadie, incluso hablando en patois para que la gente del campo se sintiera más cómoda con él.

Asimismo, en una época religiosa en la que estaban de moda las virtudes heroicas y las mortificaciones, puso en primer plano las "pequeñas virtudes" ordinarias. Jane contó cómo guiaba a los vistantinos, al igual que a todos los que dirigía, en esta elección de virtudes: "Decía que debíamos ser muy fieles en la práctica de las pequeñas virtudes y no dejar pasar ninguna oportunidad; era mejor ser grande a los ojos de Dios siendo fiel a las pequeñas cosas que pequeño a sus ojos cultivando virtudes que parecen grandiosas para el mundo". Esta preferencia por las pequeñas virtudes ordinarias estaba en consonancia con su

creencia, forjada a partir de su lucha espiritual juvenil, de que Dios pretende que todos se salven -el tendero, el ama de casa, el contemplativo enclaustrado- y da una gracia amplia a todos de forma compatible con el estado de vida de cada uno. Las virtudes ordinarias, al ser inclusivas, pueden ser practicadas por todos.

La visión completa de De Sales sobre la transformación humana se capta fácilmente a través de sus sermones, su correspondencia y en la Introducción y el Tratado sobre el Amor de Dios. A través de las prácticas de oración y autorreflexión, el amor de entrega a los demás, la amistad, el alineamiento de las voluntades humana y divina a través del cultivo de las pequeñas virtudes ordinarias, la sincronización del corazón humano al ritmo del corazón divino tiene lugar gradualmente. Esto era más que una imitación de Cristo, pues el obispo concebía el corazón al modo bíblico, como el centro de todas las capacidades humanas: memoria, entendimiento y voluntad. El corazón intercambiado participaba en la vida interior de la propia Trinidad. Toda la persona debía ser transformada, ¡vivir a Jesús!

En el centro de esta predilección por la paradoja está la imagen bíblica preferida por Francisco de Jesús, que se encuentra en el capítulo 11,29 de Mateo: "Venid a mí y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón". Llama la atención que la invitación se produzca dentro de un pasaje de tono escatológico en el que Jesús reprende a los pueblos en los que ha hecho milagros y no se han arrepentido y les advierte de que cosecharán penas en el Día del Juicio Final que se avecina. A continuación, llega este sorprendente pronunciamiento que trastoca el supuesto orden del mundo:

En aquel momento, Jesús dijo: "Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y a los entendidos y las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque esto es lo que has querido hacer.

"Todas las cosas me han sido encomendadas por mi Padre. Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquellos a quienes el Hijo quiere revelarlo.

"Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil y mi carga es ligera". (Mateo 11:25-30)

La cristología trinitaria de De Sales, su suposición de que el Hijo es uno con el Padre y, por tanto, revela la naturaleza del propio Dios, es operativa aquí. Como también lo es la convicción del saboyano de que este pasaje, junto con la narrativa rapsódica del Cantar de los Cantares, revela la manera en que se desarrolla la historia de amor divino/humano. El amor divino es suave y relacional, Dios corteja e invita, respetando la libertad humana de responder o alejarse. También está presente la preferencia por los pequeños y humildes como portadores de sabiduría.

Esta era la visión del reino que tenía Francisco de Sales. No debería sorprender entonces que el saboyano, con su preferencia por los pequeños y los humildes, su firme creencia de

que la propia naturaleza de Dios es auto-difusiva, derramándose en amor y manifestando ese amor en la humildad, la pequeñez, la pobreza, el ocultamiento, la ordinariez, y el auto-regalo divino de amor expresado en la Encarnación y en la cruz, eligiera como testigos de este misterio a aquellos que son vistos en la sociedad como los más pequeños y los menos. Las mujeres, especialmente las viudas, las discapacitadas y las frágiles -las mujeres de la Visitación- darían testimonio al mundo de esta verdad y cumplirían la sentencia paulina: "Dios eligió a los que el mundo tenía por necios para avergonzar a los sabios; Dios eligió a los débiles del mundo para avergonzar a los fuertes" (1 Cor. 1, 27).